

San Rafael, la calle más céntrica, tiene un hábil historiador

Don Pepe Solís se remonta a tiempos pasados, y en charla amenísima, nos cuenta para los lectores de ¡ALERTA! la historia de la principal arteria capitalina.—La esquina del pecado. Cómo acabó el general Armando de la Riva con los piropeadores. Los tres decanos de San Rafael: Don Pepe Solís, Don Pancho el de la Isla y Don Faustino Angones. El viejo Hotel Louvre y los grandes artistas. Cómo se exhibía la mercancía en medio de la calle. Recordando el viejo Teatro Tacón. El comercio actual de la calle de San Rafael y su importancia.

SAN Rafael!! El nombre de esta calle hay que escribirlo así, entre admiraciones, porque San Rafael es el corazón de La Habana, su avenida principal, plena de vida, de alegría, de color y de luz.

Federico García Sanchis plasmó la importancia de esta calle perennemente enojada con la belleza femenina, en una frase aguda y certera: «Cuando uno se encuentra a alguien en La Habana, es en la calle de San Rafael».

México tiene la Avenida de Madero; Buenos Aires, la calle Florida; Madrid, la risueña y bulliciosa calle de Alcalá, y París, la clásica y destlustrante «rue de la Paix». La Habana tiene su calle de San Rafael.

¿La esquina del pecado? ¡Recordáis? «Bravonela», el mosquetero misterioso que usaba boquillas de ámbar, monóculo arbitrario y trajes de «color de lluvia», fué el paladín de esta esquina famosa. Para el poeta, el portal intrascendente de «El Encanto», era la meta de muchas ilusiones y el lugar propicio a todas las confidencias. Hoy, a pesar de la nota azul del policía de la Sección de Tránsito que maneja el semáforo, casi automáticamente, «La esquina

del pecado» no ha perdido su importancia. No se estacionan allí como antaño, los «ineroyables» habaneros que llevan una frase galante o un piropo vulgar a flor de labio y un traje bien cortado, porque son otras las reglas que regulan la circulación; pero sigue siendo esta esquina clásica y pintoresca la antesala principal de «El Encanto» y de «La Casa Grande». Estos dos grandes almacenes, frente a frente, son sin duda alguna, imanes poderosos para las mujeres, que van a ellos llenas de curiosidad y de esperan-

zas. El traje de moda, el perfume enervante y caro, la silueta alada del sombrero «último grito», la cartera breve y primorosa... Y frente a los escaparates de estas grandes tiendas, y en su interior, cabe los mostradores repletos de mercancías, fulgulan las miradas femeninas y se extienden las manos pálidas y señoriles en una búsqueda laboriosa y lenta del objeto apetecido.

Una vez, hace muchos años, el general Armando de la Riva inició una cruzada contra los piropeadores de oficio. En aquella época, la batida tuvo resultados espléndidos. Al margen de esta disposición se hicieron canciones y estribillos que llegaron a ser popularísimos. Sin embargo, poco a poco fué cediendo la intransigencia policíaca, porque si bien es cierto que los piropos contienen, en su inmensa mayoría, una gran cantidad de palabras vulgares y de mal gusto, algunos son expresiones de ingenio, de gracia y de agilidad mental. Victor Muñoz afirmó que «el piropo es la salsa de la calle de San Rafael». Y llevaba razón el ilustre periodista.

Los piropeadores de antaño—flus impecable de drill cien, jipi de medio lado y zapatos color «champagne»—remataban sus tardes en la sala amplia y popularísima del café «La Isla». Allí, don Pancho Naveira que, con don Pepe Solís, ex gerente de «El Encanto» y hoy propietario feliz de los mejores teatros de La Habana y Faustino Angones, condeño de «La Casa Grande», que constituyen la trilogía de los mantenedores del prestigio y fama de San Rafael, les hacía servir «sandwichs» suculentos o helados de formas caprichosas. Hoy, el café «La Isla» sigue siendo el refugio obligado de cuantos han pasado unas horas en la calle de San Rafael. Y se puede asegurar que toda La Habana desfila por el célebre salón de los espejos que tanto carácter le dan al popularísimo establecimiento de don Pancho.

La calle de San Rafael tiene su historiador: don Pepe Solís. Hablar con don Pepe de esta calle, es disfrutar de dos horas amenísimas de conversación salpicada de chistes, evocaciones y anécdotas. La privilegiada memoria del dueño de los cines «Encanto» y «Alkazar», su simpatía y el «cachet» especialísimo de su charla, nos hacen revivir, sin gran esfuerzo imaginativo, la vida intensa, aunque menos accidentada que hoy, de la calle de San Rafael hace treinta o cuarenta años.

Oigamos a don Pepe:

—Hace años, pero muchos, cuando aún el Presidente electo de la República no había nacido, esa esquina del pecado célebre y famosa, inmortalizada por «Bravonela», no era nada, ni la misma calle de San

Rafael tampoco, desde el punto de vista comercial. La mayor parte de la calle, y desde luego, el tramo comprendido entre Galiano y el Parque Central, estaba dedicada en su gran mayoría a viviendas modestas. En San Rafael y Galiano, existían tres pequeñas casas: en una de ellas

—dónde hoy está el café «La Isla»—había un pequeño café, del que era dependiente mi querido amigo don Pancho Naveira que, al correr de los años, estaba destinado a destacarse como una de las más importantes personalidades de la colonia española de Cuba, y, especialmente, de la gallega. Donde está hoy «La Casa Grande», había una sastrería, cuyo maestro—dueño y señor de un carácter avinagrado—se lamentaba de no tener empleados ni clientes; y en la esquina que ocupa hoy «El Encanto» se alzaba una casita propiedad de un señor cubano, defensor ardiente de la independencia de su patria. A este caballero le arrendó su propiedad para instalar una tienda, que fué la base de ese poderoso «Encanto» de hoy, que gira en millones de pesos. Poco tiempo después, se inauguraba «La Casa Grande», figurando don Faustino Angones en el cuadro de dependientes. Hoy, ya sabe usted quién es el señor Angones: un factor importantísimo de las finanzas cubanas.

Hace un corto silencio el señor Solís. Se acaricia suavemente sus barbas patriarcales teñidas de luna, y prosigue:

—Frente al «Encanto» existía ya el mismo edificio que todos conocemos. Allí estaba la peletería «La Moda», fundada por el señor Canoura. En aquel tiempo fué, y lo sigue siendo en la actualidad, una de las mejores peleterías de la Habana. Recientemente, ha sido modernizada y reformada por el señor Canoura, hijo, que, siguiendo las tradiciones comerciales de su padre, ha sabido imprimir mayor actividad a sus negocios. Como usted podrá ver en estas fotografías—y el señor Solís nos muestra una colección extensísima de vistas antiguas—en aquella época se venía en La Habana en los portales de las tiendas. Vea: bañer, maletas, cintas, encajes... Todo bajo la ligerísima vigilancia de veinte los ojos a un pasado mejor, unos muchachos de trece o catorce años... ¡Qué tiempos!...

Una nueva pausa. Don Pepe Solís Tel vez recuerda los versos de Jorge Manrique... Pero dura un instante su abstracción, porque, casi en seguida, con voz firme, prosigue:

—Al lado de «La Moda» había una tienda llamada los «Estados Unidos», que era la más lujosa e importante de La Habana, y era ella la que le daba cierto viso a nuestra calle de San Rafael, pues en aquel tiempo era la calle del Obispo la más lujosa en comercio y la más concurrida. «La esquina del peccador» era, en aquellos días, la de Obispo y Monserrate.

Seguir a don Pepe Solís en su conversación y reproducir sus palabras sería equivalente a escribir un tomo voluminoso y documentado. Sin embargo, a través de su conversación, el conocidísimo capitalista nos ha hablado de «Fin de Siglo», de la veterana casa de «J. Vallés», de la antigua casa de López, cuyo sastre era el cortador favorito de los elegantes de La Habana de ayer; de la antigua casa de Benejam, donde existe actualmente, como en el lugar que ocupaba la casa de López, un insolente rascacielos; del hotel «Leuvre», que tampoco existe y que después del aristocrático «Inglaterra», era el mejor de la Capital, y que

tuvo su momento culminante cuando el diestro torero Mazzantini vino a torear en la inauguración de la plaza de toros de La Habana. ¿Qué habanero de pura cepa no visitó entonces el «Inglaterra», para ver de cerca al famosísimo matador...?

Sigue hablando don Pepe. Es incansable. Y tiene la virtud de no fatigar a quien lo escucha. Siempre halla la frase oportuna, la palabra precisa, la imagen adecuada.

—¡Tacón! El viejo teatro, hoy convertido en coliseo «Nacional», cargado de tradiciones artísticas y de glorias infinitas, fué siempre el orgullo de nuestra calle de San Rafael. Por su escenario desfilaron los artistas más eminentes del mundo: Aramburu, el tenor de voz maravillosa—un verdadero clarín—, Sarah Bernhardt, Blanchard, Lydia Borelli, la Mariani, Napoleón Sieni—el Bra-

cale audaz y afortunado de aquellos tiempos—«Los reyes católicos»—como llamábamos a los príncipes de la escena española, doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, y tantos y tantos otros... Hoy, el insigne «Tacón» es un cine de lujo. Heliodoro García, su dinámico e inteligente empresario, lo ha convertido en punto de cita del público más distinguido.

Alguien nos interrumpe. Don Pepe sonríe. El conoce a fondo las virtudes y los defectos de los demás. Por eso adopta una «pose» filosófica. Habla con el autor de la interferencia. Y acto seguido, recordando que un día fué el comerciante más importante de la capital, continúa su conversación en comerciante:

—«El Encanto», «La Casa Grande», «La Moda», poderosas instituciones que, con «Fin de Siglo», la joyería de «Cuervo y Sobrinos», célebre por sus relojes «Longines»; el café «La Isla», «El Asia», la bononera de «Armada», la casa de «J. Vallés», la exhibición perenne de los radios «Philco» y «London City», constituyen los flezones más preciados de la calle de San Rafael. ¿Sabe usted por qué han triunfado estas casas popularísimas? «El Encanto»

y «La Casa Grande», porque son los templos de las altas elegancias femeninas; «La Moda», porque sigue siendo la peletería más famosa de la ciudad; la joyería de «Cuervo y Sobrinos» por la exquisitez de sus joyas; la casa de «J. Vallés», por sus precios—¿No recuerda la frase popular? «Más barato, ni J. Vallés...»—«Armada», porque ha sabido hacer un rincón delicioso y amable y sus productos no admiten competencia, y «London City», porque tiene un cortador inmejorable que parece haber sido importado directamente de una de las mejores sastrerías de Londres.

Asentimos. Don Pepe habla con tal seguridad, con tan clara visión de los negocios y de las cosas, que no podemos hacer demostración alguna en contrario. Nos disponemos a marchar; pero el señor Solís nos detiene:

—¿No sabe usted una cosa? Fué la gran tienda «Fin de Siglo» la primera que utilizó los servicios de una mujer... ¿De veras que no conocía el dato? Pues, sí, hombre sí... Fué durante el bloqueo. Y para que vea que tengo muy buena memoria, le diré que aquella señorita se llamaba

Beba Lavielle, y era la cajera de la tienda. ¿Qué tal?

Nos abrumba la memoria privilegiada de don Pepe. Ya en la calle, pensamos en los esplendores de la calle de San Rafael, la calle más céntrica de La Habana, la que viene a ser para nosotros lo que la «rue de la Paix» para los franceses... Y recordamos a Juan José de Soiza Reilly que nos habló del alma de las calles... Si es cierto que las calles tienen alma, la de San Rafael es un alma femenina plena de gracia, de esplendor, de alegría y de luz.

EL CURIOSO IMPERTINENTE.

*Alceta
Set-17/26*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA